

La espada del Adelantado

Carlos Schlaen



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 2001, CARLOS SCHLAEN
© 2001, 2009, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4590-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones del autor

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schlaen, Carlos

La espada del adelantado / Carlos Schlaen ; ilustrado por Carlos Schlaen. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4590-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Schlaen, Carlos, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La espada del Adelantado

Carlos Schlaen

Ilustraciones del autor

loqueleg

Esta es una novela de aventuras que se desarrolla en el misterioso mundo de la Arqueología, ciencia acerca de la cual mi falta de erudición es tan grande que solo se compara con el fascinante deslumbramiento que siempre me ha provocado. Por ello, agradezco a María de Hoyos, arqueóloga, cuyos generosos consejos le aportaron a la ficción el necesario trasfondo de realidad que se merece.

C. S.

Si hay alguien con menos posibilidades que un arqueólogo para conseguir trabajo en Buenos Aires, sin ninguna duda, debe de ser un estudiante de Arqueología. Por eso, cuando aquella mañana la posibilidad se presentó, tuve la certeza de que la vida, inesperadamente, se había dignado a sonreírme. Lo que no pude imaginar, en ese momento, fue que aquella no era una sonrisa... sino la implacable mueca de la Muerte.

Ahora, sepultado en la helada oscuridad de la que seguramente sería mi tumba, me pregunté si hubiese podido actuar de otra manera para evitar el terrible destino que me aguardaba. Y no se me ocurrió ninguna respuesta. En realidad ya no importaba. El aire no tardaría en agotarse y conocerla no me hubiese servido de nada.



Todo había empezado tres días atrás, en el vestíbulo de la facultad. Había llegado para inscribirme en la última materia que me quedaba y, casi al descuido, descubrí una circular pegada en el rincón más perdido de la cartelera. Me demandó un considerable esfuerzo comprenderla. No por su redacción, clara y concisa, sino debido al contenido mágico de la propuesta. Una excavación arqueológica acababa de iniciarse en San Telmo y buscaban un ayudante para integrar su dotación. Como si eso fuera poco, el segundo párrafo decía que, en la selección, tendrían preferencia los alumnos de la carrera con mayor cantidad de materias aprobadas, y esa era una condición que, por primera vez en mi vida, yo cubría con holgura. Corrí a la oficina de alumnos, prácticamente sin tocar el suelo, y me abalancé a la ventanilla igual que una locomotora desbocada. Con gestos desesperados y palabras entrecortadas, ya que no estaba en condiciones de articular oraciones comprensibles, le hice entender al empleado que estaba interesado en ese trabajo.

—Todavía está disponible —me tranquilizó, aunque brevemente—. Solo que hay otro postulante —agregó, señalando con la cabeza a mis espaldas.

Giré mis ojos hacia allí, dispuesto a desintegrar a mi competidor con una mirada asesina, pero me encontré con la única persona del mundo

con la que no hubiese deseado tener una disputa. Mi competidor era una competidora y se trataba de Malena, la estudiante más hermosa de la carrera. A lo largo de varios años había fracasado en todos mis intentos por llamar su atención... hasta ese instante. Ahora que lo había logrado, el resultado era francamente desalentador. Ella me estaba observando con el más absoluto desprecio.

—Bueno... ¿Y entonces, qué...? —le pregunté desconcertado al empleado, un gordito que había nacido cansado y al que nada parecía importarle demasiado.

—Hay dos posibilidades —respondió, con frialdad administrativa—. Puedo pasar sus solicitudes al Consejo, que se tomará varias semanas para decidirlo... O pueden decidirlo ustedes...

Nos quedamos en silencio. Sabíamos que nuestros antecedentes eran similares y que el tipo tenía razón; si el trámite entraba en los laberintos burocráticos de la universidad, correríamos el riesgo de que se resolviera cuando la excavación hubiese finalizado. Pero también sabíamos que ninguno de los dos le cedería graciosamente su lugar al otro. Miramos al gordito esperando una solución salomónica que nos favoreciera, pero el muy cobarde se desentendió. No lo culpo. En su situación, yo hubiese hecho lo mismo.

—Tienen diez minutos. A las once termina mi turno —dijo, y siguió revolviendo papeles.

Confieso que la tentación de cederle el puesto para congraciarme con ella cruzó mi cabeza, pero solo por una fracción de segundo. Me gustaba mucho, pero esa no era la manera de ganarla —me convencí—. Lo cierto era que los minutos volaban y ni ella ni yo abríamos la boca. El gordito terminó de acomodar sus papeles y los metió en una caja. Su hora de partir se acercaba.

—Bueno. ¿Y...? ¿Qué hacemos...? —nos apuró—. Ya tengo que cerrar.

Yo no tenía la menor idea, pero Malena fue más práctica y propuso un método poco académico, aunque incuestionablemente efectivo.

—Tiremos la moneda.

—Está bien. Elegí vos primero. Después de todo llegaste antes —ofrecí, con deliberada generosidad, aunque eso no pareció conmoverla.

—Cara —dijo, sin dudar.

—Entonces yo elijo ceca —agregué, estúpidamente, como si hubiese otra posibilidad.

La decisión estaba tomada y no había nada más que discutir. Saqué una moneda de veinticinco de mi bolsillo y, para evitar suspicacias, se la pasé al gordito, que seguía las negociaciones con cara de querer irse. La moneda salió

inmediatamente despedida de su mano, dio dos vueltas en el aire y cayó sobre el mostrador con un sonido metálico... y glorioso. La fortuna seguía de mi lado. El número había quedado boca arriba.

Malena absorbió el golpe con dignidad. Me dio la mano, me deseó suerte y desapareció flotando en la nube de su perfume. El gordito, por su parte, ajeno a esos sentimientos, completó rápidamente varios formularios con mis datos, los llenó de sellos, me los entregó y también desapareció detrás de su ventanilla.

Me quedé solo en esa oficina, que parecía más vacía desde que ella se había marchado, reflexionando acerca de los imprevisibles designios del destino. Había obtenido un trabajo con el que ni siquiera me había atrevido a soñar, pero había perdido, en el mismo acto, la promesa de una relación con una mujer con la que jamás dejaría de soñar. Y me temía que, además, debería lamentar otra pérdida. El gordito se había esfumado con mis veinticinco centavos.



Me encaminé hacia mi nuevo destino con la esperanza de superar la amargura del romance frustrado y debo decir que no tuve que esforzarme

demasiado. A las pocas cuadras lo había olvidado por completo y descubrí que un estimulante estado de ánimo se había apoderado de mí. Al tomar conciencia de que no solo colaboraría en una de las escasísimas excavaciones urbanas que se realizaban en Buenos Aires sino que, además, participaría en un proyecto dirigido por Manuel Braganza, me sentí invadido por la euforia. Esa era, sin ninguna duda, una de las mayores aspiraciones para cualquier estudiante de la carrera.

Braganza era el investigador más prestigioso del país. Una figura legendaria que había intervenido en las más importantes expediciones científicas de las últimas décadas y el único que aún buscaba, sistemáticamente, el objetivo más ambicionado por la Arqueología del Río de la Plata: el asentamiento de la primera fundación de Buenos Aires. Una búsqueda que muchos habían abandonado a raíz de las enormes dificultades del desafío. Es que la breve existencia de aquella ciudadela, levantada en 1536, había adquirido con el paso del tiempo un carácter casi mítico debido a las remotas posibilidades de hallar los restos de lo que, seguramente, no fuera más que un diminuto caserío de barro y paja.

Y aunque sabía que ese no era el propósito de esta búsqueda, no pude evitar la arrogante ilusión de que ese día... yo estaría allí.



El sitio de la excavación se encontraba en una manzana cercana a la Plaza Dorrego. Hacía algunos meses, un incendio había destruido varios edificios abandonados y la falta de apuntalamiento en las medianeras remanentes había provocado, luego, el derrumbe de las construcciones vecinas. El enorme baldío, ahora libre de escombros, ofrecía una oportunidad excepcional para la exploración arqueológica, ya que estaba ubicado en pleno casco histórico de la ciudad, una zona que, por la densidad de su edificación, rara vez permitía este tipo de investigaciones.

Llegué poco después del mediodía. Braganza no estaba, pero me recibió su adjunto. Se llamaba Germán Ramos, era un profesor de la facultad y, aunque había cursado con él un par de materias, me costó reconocerlo. Tenía el rostro cubierto de polvo y parecía preocupado. No tuve tiempo para averiguarlo. Apenas presenté mis papeles fui incorporado al equipo, prácticamente sin cruzar palabras. Mi actividad inicial —una actividad que en otro caso hubiese juzgado insufrible— me resultó allí apasionante. Debía ocuparme de la zaranda, una especie de colador circular, y mi tarea consistía en filtrar toda la tierra que los

expertos extraían para detectar los objetos pequeños que hubiesen podido quedar retenidos en ella. Después de tres horas, lo único que había encontrado fueron algunas piedras. Aun así seguía entusiasmado. Hubiese querido compartir esa sensación con mis nuevos compañeros, pero una insólita quietud reinaba en el sitio. Pese a que no habían tardado en dar con lo que buscaban —un yacimiento de utensilios del siglo XIX, entre los cuales se destacaban dos valiosas pipas de caolín—, nadie hablaba.

Salvo Ramos, todos eran desconocidos para mí; en su mayoría eran técnicos extranjeros que trabajaban en silencio, como si se tratase de una rutina cotidiana, y si había algo que no tenía nada de rutinario era, precisamente, lo que estábamos haciendo. Eso me llamó la atención, al igual que la rígida disciplina existente en el lugar que nos impedía alejarnos de nuestros puestos, pero en aquel momento no le di importancia; la escena que me rodeaba me tenía demasiado deslumbrado para preocuparme por ello.

Parte del terreno, un cuadrilátero de aproximadamente cinco metros de lado, había sido subdividido, a su vez, en varios cuadrados, igual que un tablero de ajedrez. En cada uno de sus ángulos había una estaca clavada en el piso y todas se hallaban unidas entre sí por una cuerda blanca. Sabía